

Por Juan

Dueño de un carisma singular, marcado por la inteligencia y la humildad guajiras, Juan Antonio Borrego Díaz no fue únicamente líder de *Escambray* por casi 24 años

JORGE GARCÍA ORCE*

Juan era completo; por ello, corrí hasta él, a la residencia universitaria, la noche antes del examen final de aquella Historia, la más tediosa de todas. “Sé a qué vienes; tu cara dice que estás perdido en un campo de lechugas”, dijo con su buenaza sonrisa espiritana.

Uno por uno fue repasando los temas de la Guía de examen; precisando aquí, concretando o generalizando allá, y capaz de disertar sobre cualquiera de ellos; pero era poco el tiempo para tanto material y no podía yo abusar de su cansancio, así que en varios momentos le pedí que evitara detalles e, incluso, saltara asuntos porque a la hora cero improvisaría. Sigue, que eso es muela, me vanaglorié. “¿Muela?”, se inquietó. Sí, pura muela, yo lo resuelvo con muela. “¿Seguro?”, insistió.

Compartimos en la Universidad de Oriente, entre 1983 y 1988, los sueños de cambiar el mundo desde las páginas de un periódico libre de prejuicios y censura, obseso contra las lluvias caídas, los logros alcanzados, los planes sobrecumplidos; afanoso por lo original, lo noticioso, lo bonito. Compartimos el gusto por García Márquez y Cervantes, por el Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC, y por Silvio; yo lo prefería acompañado por una banda poderosa como AfroCuba; Juan no, Juan se estremecía con aquel tipo solitario en escena, desgarrándose y desgarrando la guitarra.

El idioma ruso nos acercó. Yo tenía un sólido dominio de esa lengua y pude solicitar la convalidación, pero escogí permanecer en el aula para ayudar a mis compañeros; fue así, y quizás eso le gustó; entonces, lo mismo en clases que en época de evaluaciones, contaban conmigo; él era, creo, el más interesado en el *ruski iazik* y en las cosas de allá, donde yo había comenzado los estudios universitarios. Más de 35 años después en nuestra última conversación, sorpresivamente, él recordó ese tema.

Sin embargo, con idioma ruso o sin este, habría nacido el afecto porque Juan tenía humildad y discreción, inteligencia y serenidad, recogimiento y una sinceridad temible; y una risa de manantial, a lo Silvio, esa que salta. ¡Cómo reía con Maño, quien mostraba su poderío ajedrecístico sobre Puertas, jugándole con un ojo cerrado o a la zurda! ¡Cómo

reía ante la absoluta negativa del afgano Roshan de volver a ser estruendosamente proyectado, con su mastodóntica figura, contra el colchón de judo durante la clase de Educación Física!

A principios de los 90 me llamó a Mayarí Arriba para que lo ayudara a salvar a un amigo común caído en desgracia. A mediados de esos mismos 90, lo llamé a Sancti Spiritus para que me ayudara a salvar a mi hermano reventado por dentro en un accidente de tránsito en las cercanías de esa ciudad. Cuando mi mamá llegó al hospital, ya él había estado allí, y en tantos días biliosos nunca nos faltó su hombro, familia y bolsillo. Al término de todo, paseó al convaleciente, para desestresarlo, por su hermosa ciudad. Era un espíritu santo.

Sí, como aquel veinteañero espigado que hizo suyos mis apuros en víspera del examen final de una Historia insostenible, y que pretendí vencer, aunque fuera improvisando. Al salir de la prueba tropecé con su mirada expectante, casi impaciente; la mía, aliviada, sonriente, lo contagió. Entonces no pudo evitar ser él:

—¿Y la muela... te dolió mucho?

Durante años llegaron acá, a Santiago de Cuba, de cuyo vientre nació Juan el Periodista, múltiples noticias acerca de su exitoso estilo de dirección; el arte de —ejemplo personal y genialidad mediante— construir un colectivo laboral chispeante; y la magia de convertir un manojito de páginas cualquiera en un periódico reluciente.

En el verano del 2021 hablamos por última vez. Lo encontré junto al lecho del padre muy enfermo; recordó mi estancia en la ucraniana Odesa, los repasos del idioma ruso; quiso saber de mi deplorable estado visual y auditivo...; sin embargo, yo tenía otro asunto: estaba preocupado por el desborde de la covid en Sancti Spiritus; por él, por la entrañable Mary Luz, su hermana; por tantos compañeros... No te quites el nasobuco ni para cepillarte los dientes, le pedí. “Sí, sí”, rió.

Por Juan, hagamos de su tumba un sitio de peregrinación, rendición de cuentas, juramentos. Hagamos que lo canonicen, como San Juan de la Prensa. Acuñemos el adjetivo juanesco para lo brillante en periodismo. Fundemos el juanismo, la juanología, la juanofilia, ¡qué se yo...! Hagamos que no muera.

*Periodista santiaguero y compañero de estudios de Juan Antonio Borrego.



Ningún ámbito del periodismo le fue ajeno. /Foto: Yoan Pérez

El arte de convertir chinchilas en palomas

La obra de Juan Antonio Borrego tiene un espacio de honor en el quehacer periodístico de Sancti Spiritus y de toda Cuba

YOLEISY PÉREZ MOLINET

—Mi editora preferida, revísame esa chinchila ahí.

No intento provocar celos. De seguro, todas las editoras con las que trabajaba recibían el mismo halago, gentil y galante como solía comportarse siempre mi director preferido. Y ese calificativo sí es categórico, aunque pasen los años de los años; aunque aparentemente no esté, porque en verdad no se ha ido un solo día, una sola hora, de este periódico que no fue jamás su centro de trabajo, sino su vida.

Resultaba que la chinchila —como Borrego calificaba sus notas breves para *Escambray* o para *Granma*— se convertía ante mis ojos en una disfrutable lectura, con algún comienzo sensacional o un símil perfecto que la alejaba de los caminos trillados de la información común.

Pero más deleitables aún resultaban sus reportajes inmensos, no por la extensión, sino por la forma magistral con que contaba las historias, aderezadas por un estilo natural y mágico. Aparecía de pronto, como traído del cielo, un guajiro pintoresco, con nombre digno de algún cuento garciamarquiano, capaz de endulzar la prosa con una frase que nadie podría luego olvidar.

No me crea a mí que lo veo siempre con la mirada adúlona de la fascinación y el cariño. Lea un párrafo como este y sabrá de qué le estoy hablando: “Cuando pasadas las seis de la mañana del sábado Magdaleno Fundora orilló su rastra para despabilar el sueño de la madrugada con un café bien caliente, no pudo menos que sobrecogerse al oír la sentencia del policía de guardia que lo recibió cortésmente en la puerta del vehículo: ‘Continúe que en este pueblo no hay gente’. Jatibonico entero había sido evacuado hacía pocos minutos ante la amenaza real de la presa Lebrije...”.

Podía disertar de cualquier tema y hacer del ladrillo más horrendo una joya de periodismo auténtico, sin frases de menos ni de más, orgánico de principio a fin.

Conocedor increíble de asuntos tan disímiles como la ingeniería hidráulica o la producción arrocerá, navegaba por temáticas económicas con total desenfado, cual avezado analista al que había que acudir como obligada referencia.

Pero de historia no había quien le hiciera un cuento. Apasionado hasta la saciedad por sus protagonistas —y más por sus intrigas y chismes no contados— hacía digeribles las batallas y podía contar la misma escena de la rendición

del cuartel de Yaguajay mil veces de maneras distintas, siempre delirantes, siempre vivas...

Cada vez aparecían en sus empeños editoriales nuevas anécdotas de la Lucha Contra Bandidos, hasta crear el dosier más completo que se recuerde en la web de *Escambray*. Y cobraban vida los desencuentros de Gómez y Martí; los héroes humildes de Serafín; la genialidad de Fidel; los amores de Bolívar...

Pero no solo de historia vivían sus sueños, sino de presentes y realidades latentes en la realidad de los habitantes de esta isla. Desde que puso los pies en la redacción de *Radio Sancti Spiritus*, allá por 1988, tal fue su compromiso: humanizar el periodismo de principio a fin, echar una pelea sin cuartel por la verdad sin disfraces.

Luego llegaría a *Escambray* con esos mismos pasos gigantescos. De allí a *Granma*. Y de *Granma* a Venezuela... Desde cualquier escenario mostraría sus dotes de escritor innato, de periodista todoterreno, sorprendentes para alguien que nunca renunció a los ariques de aquel campito llamado Jicotea. O tal vez por eso, porque en cada texto que nacía de sus manos brotaba esa sencillez extraordinaria que vibraba en su corazón de guajiro humildísimo.

Creo que nunca dormí tranquilo. La noticia era su fiel pesadilla. Lo inquietaba, lo retaba, lo enamoraba a toda hora.

Y así, también él nos enamoraba a todos, que de pronto, sin saberlo y hasta sin quererlo, acabábamos siguiéndolo en sus más locos proyectos, al estilo de cualquier emporio del periodismo universal.

Y nunca, jamás, desde su puesto de director, dejó de sentirse el más incondicional de los reporteros.

Ni siquiera la fiebre ardiéndole en la frente logró frenar su pasión desbordante por el periodismo. Así escribió su último reportaje: “Una empresa en tiempo malo”, publicado el 25 de septiembre del triste 2021. Esa vez ya no nos sentamos juntos a elegir las fotos, como solía preferir. Intercambiamos correos y llamadas. Volví a elogiarle su texto como tantas veces, sin lisonjas baratas, con la admiración más profunda.

—¿Te gustó de verdad? ¿Le cogiste muchas cosas?

—Me encantó. Eso está genial. Ni lo toques.

No podía siquiera imaginar que hoy estaría escribiendo sobre Borrego, así en pasado. Aunque ya les digo, no se ha ido. Sigue aquí, cada día, cada hora en *Escambray*.



De su familia guajira heredó una sencillez sin límites. /Foto: Cortesía de la familia